HARLEQUIN™

Bianca™



Sólo para su placer

Abby Green

Sólo para su placer

Abby Green



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Abby Green. Todos los derechos reservados.
SÓLO PARA SU PLACER, N.º 1859 - septiembre 2011
Título original: Bought for the Frenchman's Pleasure
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2008

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9000-758-7
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

CON LA mano en el picaporte de la puerta que daba al salón, escuchando al otro lado el incesante murmullo de la gente y la música de la orquesta, Romain de Valois se detuvo un instante con la extraña sensación de que le faltaba algo. Él, que nunca había necesitado nada de los demás, que siempre había tenido todo lo que había deseado, se encontraba de pronto con la inesperada sensación de echar algo de menos. Una mujer. Una mujer con la que entrar de la mano en aquella sala, una mujer cómplice que lo comprendiera sin necesidad de decir nada.

Cuanto más lo pensaba, más sorprendente le resultaba aquella súbita carencia. No sólo porque nunca hubiera conocido a alguien que pudiera asemejarse, o porque nunca hubiera necesitado fantasear con ello, sino porque, en su interior, sabía que no encontraría jamás, en su mundo, a una mujer así. Tal vez en su pueblo natal, en la Francia rural, aquel lugar del que se había ido hacía ya tanto tiempo, todavía fuera posible. Pero no allí. Allí era imposible.

Romain de Valois abrió la puerta y entró sin darle importancia. En el acto, las conversaciones de las personas tan elegantes y distinguidas que se habían congregado allí cesaron por un momento para mirarlo. Se adentró en el salón con un gesto de cansan-

cio, casi de aburrimiento, con la autoridad que le confería saber que todo lo que aquellas personas poseían era de su propiedad, desde los trajes y vestidos tan cuidadosamente conjuntados, pasando por los cosméticos y los perfumes que aderezaban la piel suave de todas las mujeres que le rodeaban, hasta las joyas que adornaban sus cuellos, muñecas y orejas.

La multitud iba apartándose para dejarlo pasar, pero, al contrario de lo habitual, Romain de Valois no sintió ningún placer en ello. Antes al contrario, lo invadió la apatía y la insatisfacción. Ser el millonario más joven y atractivo de Nueva York siempre había sido para él un motivo de orgullo y superioridad. Pero, en ese momento, sólo sentía cinismo, el cinismo de darse cuenta de que, con un solo chasquido de sus dedos, podría tener en el acto a la mujer más atractiva del salón.

Cuando al fin reparó en su tía, se alegró de que ya hubiera llegado y se dirigió hacia ella. Era la única persona que podía conseguir aquella noche aliviar su malestar. Allí estaba esperándolo, ansiosa de que Romain conociera a la modelo en la que había pensando para la campaña de publicidad que él estaba a punto de lanzar. Romain sabía que el pasado de aquella modelo, cuyo nombre era Sorcha Murphy, la hacía inviable para el puesto. Pero, a pesar de todo, allí estaba, en aras de satisfacer los deseos de su tía y para demostrar que no dirigía sus negocios con despotismo y prejuicios.

–No –dijo Sorcha paciente–. Se pronuncia Sorka.

–Tu nombre es tan exótico como tú, preciosa. ¿De dónde procede?

Sorcha estaba empezando a desesperarse con aquel estúpido millonario de Texas que no hacía más que mirarle el escote, desnudarla con aquella mirada lasciva, sin escuchar nada de lo que decía.

–Significa luminoso en gaélico... –dijo Sorcha disimulando su rechazo–. Ha sido un placer hablar con usted, pero, si no le importa...

–¡Sorcha!

–¡Kate! –exclamó aliviada al ver a su amiga acercarse.

–Muchas gracias por salvarme –dijo Sorcha una vez se hubieron alejado–. Ya no sabía qué hacer para librarme de él.

–Lo conozco. Me arrinconó hace un rato y lo pasé fatal.

–Me alegro tanto de que estés aquí... –dijo Sorcha sonriendo a Katie, la mejor amiga que tenía–. Estas galas son una tortura. ¿No podemos escaparnos?

–Imposible, cariño –respondió Kate con una sonrisa–. Maud nos está vigilando como un halcón. Me ha dicho que como se nos ocurra irnos pronto nos vamos a enterar.

Sorcha miró asqueada a Maud Harriday, la gran señora de la moda en Nueva York y propietaria de la agencia Models para la que ambas trabajaban y que se comportaba prácticamente como si fuera su madre.

Kate tomó dos copas de champán de la bandeja de un camarero y le dio una a Sorcha. Por lo general, no se les solía permitir beber, pero aquella noche, en aquel lujoso hotel donde se habían reunido para celebrar la semana de la moda de Nueva York rodeadas

de políticos, millonarios y periodistas, Maud les había ordenado que hicieran lo posible por aparentar que se estaban divirtiendo.

–Gracias –dijo Sorcha tomando un trago de champán–. ¿No te sientes en estas fiestas como si fueras una yegua amaestrada?

–No lo sé, Sorcha –dijo Kate imitando ampulosamente la voz de Maud–. Esta época del año es la mejor para promocionar caras nuevas. Vosotras, con veinticinco años, ya sois mayores, ya estáis muy vistas, tenemos que seguir en la brecha. Aquí es donde están los grandes inversores, los publicistas que mantienen nuestro negocio. Así que, salid ahí y demostrar los guapas que sois.

–Te mataría si pudiera oírte.

Sorcha sentía cómo las miradas de muchos de los hombres allí reunidos se posaban sobre ellas, una rubia y una morena, atractivas y hermosas charlando como buenas amigas. Su amistad con Kate se remontaba muchos años atrás, hasta la época en que se habían conocido en un instituto a las afueras de Dublín.

–¿Te has dado cuenta de la cantidad de hombres que hay aquí esta noche, Sorcha?

–Kate, por favor, no volvamos otra vez a lo de siempre.

Sorcha no tenía ganas aquella noche de hablar de aquella vieja discusión, aquel tema espinoso que tan culpable la hacía sentir.

–Como quieras –aceptó Kate sonriente–. Sólo quería recordarte que eres una de las mujeres más

hermosas que existen en el mundo, y que me gustaría mucho...

–Gracias, Katie –interrumpió Sorcha tomándola de las manos con cariño–. Pero, vamos a dejarlo estar un rato, ¿vale?

Romain de Valois la localizó enseguida. No sólo por las fotografías que había visto de ella, sino porque, para su sorpresa, aquella chica destacaba entre todas las demás.

La había observado charlar con su compañera, las dos riéndose, apartadas, como si fueran dos niñas traviesas escondiéndose de los demás.

Era imposible no reparar en ella, en aquel pelo oscuro como el carbón cayendo sobre sus hombros y contrastando con los ojos azules más intensos que había visto nunca, en aquella piel blanca y en aquel cuerpo voluptuoso, atípico en una modelo, siempre tan delgadas.

Romain sintió que el aburrimiento daba paso a la contrariedad. La contrariedad de percibir que, aunque aquella chica era exactamente lo que estaba buscando, no podría contratarla a causa de su pasado. Sabía distinguir, en virtud de su larga experiencia, lo excepcional en cuanto lo veía. Y ella era distinta. Sólo hacía falta fijarse en su sonrisa para darse cuenta de que era auténtica, natural, y no la sonrisa falsa y artificial a la que recurrían habitualmente las modelos.

Por segunda vez aquella noche, sintió una sensación extraña que no reconocía. La urgencia de acercarse a ella y conocerla.

–Veo que la has encontrado. Es bonita, ¿eh?

Romain se giró al escuchar la voz suave y sedosa de su tía, la única persona en el mundo que era capaz de leer en sus ojos con tanta agudeza. Romain se acercó a ella y la besó en las mejillas.

–Si todavía me quedara sangre en las venas –dijo su tía–, me habría sonrojado como un tomate.

–¿Qué tal estás, *ma chére tante*? –preguntó Romain, preguntándose si aquella mujer habría sido capaz alguna vez de sonrojarse de verdad por algo, o por alguien.

–Muy bien, gracias –respondió ella sonriendo–. Es un gran honor que hayas venido. Hacía mucho tiempo que no coincidíamos. Aunque, en realidad, supongo que el saber que venías a una gala llena de mujeres hermosas habrá sido un aliciente mayor que el verme a mí.

–Es increíble la capacidad que tienes de hacerme la pelota y denigrarme al mismo tiempo –dijo Romain.

–Bueno, Romain –replicó su tía–. Después de haber visto en las revistas del corazón cómo cortejabas a todas las modelos europeas que existen, comprendo que hayas querido venir para conocer nuestras nuevas promesas.

Sin dejar de observar el salón, sin perder de vista a Sorcha Murphy, Romain pensó en lo sorprendida que se quedaría su tía si supiera el tiempo que hacía que no estaba con nadie.

A pesar de todo, no quiso discutir. Su tía era la única persona del mundo a la que permitía hablarle de esa manera.

–Deberías saber que no hay que creerse todo lo que dicen esas revistas –dijo Romain.

–Siempre me he preguntado cómo haces para ganar tanto dinero si apenas te queda tiempo para el trabajo.

–Maud... –dijo Romain interrumpiéndose, sin querer, para mirar a Sorcha Murphy.

–Bueno, ¿qué opinas? –preguntó su tía advirtiendo la dirección de su mirada.

–No estoy seguro.

–La rubia que está con ella se llama Kate Lancaster, son amigas desde el colegio –le contó Maud–. Es una de las top-models más cotizadas de Estados Unidos.

Romain la miró sin demostrar interés, con aquella expresión neutra con la que impedía que nadie a su alrededor percibiera sus emociones y que se había convertido en una segunda naturaleza para él. Efectivamente, era una mujer hermosa, atractiva y sensual.

Romain se mantuvo impasible, recordándose a sí mismo que no había acudido allí en busca de placer personal. Sin embargo, al posar de nuevo la vista en Sorcha Murphy, volvió a sentir la urgencia de acercarse a ella, una urgencia poderosa y desconocida.

–Bueno, ¿qué opinas? ¿Las fotografías que te pasé le hacen justicia o no?

–Tus chicas siempre son exquisitas, Maud –dijo Romain–. Pero la cuestión es si es adecuada o no para esta campaña. ¿Cómo estar seguros de que se ha reformado de sus antiguas costumbres?

–Romain, ya te he dicho que eso ocurrió hace mucho tiempo. No todos podemos ser como tu...

–Maud... –la interrumpió Romain, esta vez mirándola fijamente con seriedad.

–Te aseguro que nunca ha dado un solo problema

–dijo su tía volviendo a la conversación, sin terminar su insinuación–. Es educada y muy profesional. Los estilistas y los fotógrafos la adoran.

–Esta campaña va a ser muy importante, vamos a poner mucho dinero en ella –dijo Romain–. Sólo han pasado ocho años desde aquello. Yo vivía en Londres por entonces, y todavía puedo recordar los titulares sobre Sorcha Quinn, *enfant terrible*...

–Lo sé, Romain –dijo su tía, perdiendo la paciencia–. Pero si la chica ha sabido superarlo y llegar a donde está, lo menos que puedes hacer es darle una oportunidad. Es una mujer completamente distinta. Ella misma lo siente así, por eso se cambió el apellido por Murphy. Además, ¿crees que me jugaría mi reputación si no estuviera segura de ella?

Romain observó a Sorcha. A pesar de las palabras de su tía, nunca había creído que una persona pudiera cambiar. Y menos alguien como Sorcha, como aquellas modelos que se esforzaban tanto en demostrar su belleza y aparentar dulzura sólo para ocultar sus verdaderas vidas. ¿Cuántas de las chicas de la agencia de modelos de su tía serían capaces de demostrar que su vida privada era tan intachable como parecía?

–Te conozco, Romain –continuó su tía–. Si de verdad te preocupara tanto el pasado de Sorcha, ni siquiera la hubieras tenido en cuenta.

En eso su tía tenía razón. Algo en esa chica le había atraído desde el principio. Y en ese momento, observándola entre todas las demás personas presentes en aquel salón, la atracción que ejercía sobre él aumentaba segundo a segundo. ¿Cómo, una chica que parecía tan inocente, tan pura, se había visto envuelta

en un mundo tan sórdido y destructivo como el de las drogas?

En ese momento, como si hubiera sentido el peso de su mirada sobre ella, Sorcha se giró y sus ojos se encontraron. El mundo pareció detenerse de pronto.

Sorcha sintió un nudo en la garganta. No sabía exactamente de quién se trataba, aunque su rostro le sonaba de algo. ¿Cómo no se había fijado en él antes? No podía apartar la mirada de aquellos intensos ojos grises que transmitían una corriente de frialdad y al mismo tiempo de atracción. Estaba como hechizada por ellos, como atrapada, sin haberse dado cuenta, en una telaraña tejida por aquel hombre desconcertante. Todo parecía haberse detenido. Nada parecía tener importancia en aquel momento, ni siquiera su amiga Kate. Sólo él.

Entonces, comprendió lo que ocultaba esa mirada: prejuicio, desdén, rechazo. Conocía esa mirada, la había sentido sobre ella durante mucho tiempo. Sorcha sintió que le temblaban las piernas y su estómago se revolvía. Como si la hubieran golpeado, murmuró unas palabras de disculpa a su amiga y, dejándole la copa de champán, se abrió paso a través de la sala en busca de la salida, sin saber, a ciencia cierta, de qué o de quién huía.

–¿Se puede saber qué demonios te pasa? Estás aquí tan tranquila y, de pronto, te quedas tan pálida como si hubieras visto un fantasma y te vas corriendo.

Sorcha tomó la copa de champán de la mano de su

amiga y bebió un trago. ¿Cómo podía la mirada de un hombre haberla afectado tanto? ¿Qué había ocurrido para que hubiera tenido que refugiarse durante diez minutos en el cuarto de baño y maquillarse para ocultar la palidez y los nervios? ¿Qué podía decirle a su amiga?

Aquella mirada la había hecho viajar en el tiempo a un lugar que no quería recordar. ¿Estaría aquel hombre hablando sobre ella con Maud?

–Nada, Katie, es sólo que tenía que ir al cuarto de...

–¿Diez minutos? –preguntó Kate incrédula–. Te conozco, y sé perfectamente...

Su amiga dejó de hablar de forma repentina, atraída por algo ajeno a ellas.

–No mires ahora –dijo Kate agarrando a Sorcha del brazo–, pero acabo de encontrar al hombre más increíble que hayas visto jamás, está hablando con Maud. Debe ser ese sobrino del que nos habló –Kate miró hacia otro lado sorprendida–. ¡Cielos! ¡Ya sé quién es! Las fotografías no le hacen justicia. Oh, nos está mirando...

–Katie... –dijo Sorcha intentando ocultar su nerviosismo al darse cuenta de que el hombre del que hablaba su amiga debía ser el mismo que la había mirado.

–¡Es Romain de Valois! –exclamó Kate al oído de Sorcha–. El sobrino de Maud es Romain de Valois. Ahora comprendo todo. Las chicas han estado hablando de él toda la tarde. Está preparando una gran campaña de publicidad y todas creen que ha venido aquí buscando a la chica adecuada.

–¿Romain de Valois? –preguntó Sorcha aterrada.

–Sí, mujer, has tenido que oír hablar de él. Dios, míralo. ¿No es el hombre más atractivo que hayas visto?

–Katie –dijo Sorcha aturdida–. ¿Es que no lo recuerdas?

Kate miró a su amiga confundida.

–¿No recuerdas ya aquella noticia? –inquirió Sorcha–. ¿Aquélla que desató la caza de brujas e hizo que todos los periódicos y fotógrafos de Londres empezaran a perseguirme?

Kate volvió su mirada hacia el hombre y lo observó discretamente.

–¡Cielos! ¡Es él! –exclamó Kate–. El mismo que hizo aquella entrevista.

El destino parecía haber regresado para hundirla de nuevo. Sorcha rememoró de pronto lo sucedido ocho años atrás. Aquella entrevista pública en un periódico londinense en la que Romain de Valois denunciaba el consumo de drogas en el mundo de la moda poniéndola a ella como ejemplo. El poder de aquel hombre había desatado una campaña de difamación que, exagerando lo que sólo habían sido unos ligeros escarceos, había conseguido acusarla de las más terribles degeneraciones sin siquiera dejarla contar su versión de la historia. Nadie se había preocupado de saber si era verdad o de cómo podía afectarle aquel acoso y derribo a una adolescente.

Durante años, mientras aquel hombre aumentaba su poder y se convertía, poco a poco, en una de las personas más poderosas del mundo de la moda, Sorcha había tenido su nombre grabado en la cabeza, sin olvidarlo un solo día. Se había negado a leer nada sobre él o a ver fotografías suyas. Sólo se permitía ha-